

Relatos Marineros

LA CASAMATA

Por

Raúl TORRES Rodríguez
Capitán de fragata (R), Armada de Chile



EN ESE LUGAR agradable y apacible, un grupo de viejos amigos se reunía todas las tardes, cuando el sol comenzaba a declinar, alrededor de la misma mesa, emplazada desde hacía muchísimos años, en el mismo rincón de la posada, e iniciaban una partida de "dominó", larga y reñida, entre sorbo y sorbo de una exquisita cerveza cruda. Esa posada, ubicada no lejos de la plaza principal del pueblo, era familiar entre los parroquianos acostumbrados a ver todos los días del año a ese grupo de cuatro amigos que puntuales se sentaban a trazar figuras en blanco y negro sobre un mantel rosa. Pero era más famosa por la charla siempre animada de esos hombres que bordeaban los cincuenta años, cuyos cuentos corrían de boca en boca por la localidad. Gustaban estrechar los corazones, estrujando de sus vidas el néctar del recuerdo, por lo que había siempre, junto a la mesa, un grupo de admiradores que escuchaban atentos las narraciones de esos hombres que, en el ocaso, eran vidas plenas de nostálgicos recuerdos, de ensueños y añoranzas.

Entre ellos destacaba don Alfonso Rodríguez, capitán de navío en retiro, commendador de la Orden del Sol, caballe-

ro de Abdón Calderón y de la Orden de Isabel la Católica, preciados títulos que unía a las medallas de quince, veinte y treinta años de servicios prestados a la Armada Nacional. Todo un señor cargado de honores; lobo de mar que, al vibrar la campana de los treinta años sobre las olas, se acogiera a retiro voluntario. Hoy vivía de recuerdos, como un simple capitán abandonado, trazando su vida paso a paso, con emoción a veces, siempre entre suspiros que se mezclaban con el humo que desprendía la vieja cachimba que en cierta oportunidad le obsequiara el príncipe de Gales.

Aquí estoy anclado, decía, tras muchos años de mar, viviendo del recuerdo, en una chacra que adquirí para enterrar mis huesos. Muchos me preguntan la razón de su nombre, "La Casamata", y debo explicarlo: fue la casamata de popa de uno de nuestros viejos cruceros, mi cuna de oficial naval; allí inicié mi verdadera vida marinera; allí saboreé mis primeros sinzabores. En esa casamata coloqué el primer galón en la bocamanga azul; quiero que en esta otra terminen las cuatro franjas anchas de mi casaca y que allí descansen definitivamente mi espada; que en ésta se hagan polvo junto al polvo de mis huesos, las últimas charreteras y el último

botón. Mis ojos humedecidos presenciaron, hace pocos años, el fin de esa noble casamata: en un rincón del puerto militar, yacía abandonado ese crucero que fuera coloso de los mares, que por muchos años lució orgulloso en el asta de popa nuestro emblema patrio. Se había dispuesto el desguace del inmenso casco acorado.

Y allí, sin más compañía que un centenar de gaviotas, agonizó sin honores, sin que se depositara una corona de flores naturales en su puente de mando. Esa fue la tumba de mi "casamata", tumba horriblemente fría, desolada y húmeda; sin un poco de calor de reconocimiento que debieran tener los elementos que en la vida material llegan a confundirse con los seres. Mas, esa era la tumba que le habían reservado los hombres. Allí estaban sus restos destruidos a golpes de macho, combos y filudas zapatillas de acero.

Entre los amigos, don Alfonso Rodríguez conservaba el título de comandante y hasta parecía exigirlo. Era su mayor orgullo; era como el reconocimiento a sus sacrificios de treinta años. Alejado de sus camaradas de mar, rara vez llegaba hasta las riberas de "Pancho", y por eso se sentía hondamente honrado cuando le llamaban comandante.

Durante su vida, recorrió todos los mares. No había rincón del mundo donde no hubiera estado y aún ahora, pasados los cincuenta años, abrigaba las esperanzas de largarse un día en su última bordada sobre los océanos.

Con palabras sencillas, en su media voz emocionada, narraba —cada etapa parecía un cuento— su vida, algo de sus correrías, sus viajes, sus amores pasajeros, sus gratos recuerdos. De los sinsabores propios de la vida del mar, no encerraba su corazón el menor vestigio.

—¿Por qué fui marino? No lo sé—, se respondía a sí mismo; pero recordaba que tal vez a los siete años de edad, sus padres, que vivían en las cercanías de Valparaíso, lo colocaron como medio pupilo en un colegio inglés, ubicado no lejos de la estación del puerto. De regreso al hogar, debía viajar diariamente en el "Arratia", tren local que partía a las seis de la tarde. Desde un comienzo se las arregló para dejar el colegio a las cinco, aprovechando la hora libre para acercarse al embarcadero del muelle Prat y contem-

plar el mar, los barcos de chimeneas con franjas multicolores, los botes y lanchas fleteras. Los patrones de esas pequeñas embarcaciones eran sus amigos y muchas veces lo llevaban mar adentro para que se empapara de brisa salobre. Así conoció a su gran amigo del futuro: el mar; lo admiró en su belleza azul o en sus olas bravías, lanzadas contra el embarcadero por el terrible "westazo".

—¿Qué me han proporcionado en la vida estos treinta años sobre las olas?, se preguntaba. Muchas horas de infinito placer. De esos momentos dulcísimos vividos en los más apartados rincones del mundo, está mi corazón rebosante. Son estos los relatos que algunos escuchan. Llenan mis horas imágenes de España, Escocia, China o Japón; de los mares antárticos, de las islas de Oceanía, de las costas de Brasil; de los cinco océanos; de los calores ecuatoriales o de los fríos australes. Y en todo, ese mar inmenso que sabe proporcionarnos momentos inolvidables, sea en la furia de las tormentas, sea en la placidez de sus ratos de bonanza; en los puertos, entremezclados con el rugir de pitos y sirenas, o lejos del mundo, sin más horizonte que una línea inalcanzable; sin más techo que un cielo purísimo; sin más testigo que un millar de estrellas titilantes; sin más ruido que el murmullo suave de las olas o su golpe acompasado sobre la proa tajante.

En la posada flotaba un ambiente de recuerdos que se entremezclaban con el fragante humo azulado que desprendía esa vieja cachimba sabor a sal gruesa y carcomida por las olas como un mascarón de proa, que un día le obsequiara personalmente el príncipe de Gales y recordado Eduardo de Windsor.

Un día visité ese refugio marinero, accediendo a una invitación del propio comandante.

A los pies de un cerro cuajado de espinos, rodeada de un exuberante plantío, besada por el murmullo casi poético que produce el viento entre frondosos sauces, se levanta majestuosa esa casa de campo que ostenta en su frontis el nombre de "La Casamata". En las tardes, cuando las sombras se esparcen entre petunias rojas, flota en el ambiente una tranquilidad impresionante; en las mañanas, mézclanse al ladrido de los perros, el mugido de los terneros y el trinar de las

aves, con la ruidosa algarabía que provocan los rayos del sol al irrumpir desde oriente, en medio de un frondoso naranjal. Es el refugio de un hombre de mar, que cansado de navegar, ancló solitario una tarde cualquiera y fondeó a dos anclas —según su propia expresión— para no zarpar más. Su barco plegó las velas definitivamente y sus mástiles no interrumpen el sueño, sino ante la brisa del recuerdo de esos treinta años vividos con todo el velamen al viento.

Allí está el comandante, encerrado en su cámara náutica; su horizonte está limitado a las veinte cuerdas de su chacra: es una sala sobriamente vestida, en cuyos muros se puede seguir la ruta a través de todos los mares sobre las cartas de navegación que los cubren. En medio de la sala, una mesa escritorio sobre la que destacan un tintero formado por anclas y cadenas, y un reloj incrustado en el cuerpo de un proyectil; más allá, sobre un pedestal, un velero con sus vergas amuradas a estribor y sus blancas velas hinchadas como por una brisa imperceptible. Acá una rueda de gobierno que muestra toda una carrera naval, desde cadete a capitán de navío; más allá, cuadros de Somerscales, fotografías de almirantes y buques de guerra; cuadros que muestran escenas marineras, fogonazos de cañones, golpes de mar y decenas de recuerdos íntimos, más numerosos álbumes con fotografías captadas en cincuenta años de vida intensa. Cerrando el conjunto, un gran retrato de Eduardo de Windsor, que le obsequiara personalmente durante su estadía en la Armada británica.

Un gran estante de libros ocupa un lado de la sala, donde destacan muchos escritos relacionados con la vida de mar; luego, todo lo que ha podido reunir o que ha escrito personalmente, sobre artillería, su especialidad predilecta, y cuadernos de sus años de cadete con firmas de Gemmel, Stocking, Warny y otros grandes profesores de la época. No lejos, ruge sonoramente un arroyuelo. Diríase que el viejo marino levantó allí su última morada —más bien dicho, allí ancló— para poder escuchar de noche el quebrar de las aguas entre peñascos, como las oyera mil veces desde la cabina de su barco en un puerto cualquiera o adentrado en el océano, olvidado del mundo.

Este fue su último puerto, y el lobo de mar sabía elegir los fondeaderos: buen tenero para sus anclas, resguardado de los vientos del primer cuadrante; mar siempre en calma. Desde este fondeadero sólo zarparía el día que resolviera largarse sobre los mares en su última bordada. Allí, muy de alba, impartía órdenes como en los mejores años a su mayordomo, un viejo contramaestre que, cansado del aire de mar, quiso compartir con su comandante la tranquilidad de este último puerto. En las noches, paseando en los amplios corredores de la casa de campo, observan el cielo y conversan con los astros, como lo hicieran treinta años antes de las largas noches del trópico desde la toldilla de la "Baquedano".

Entre los numerosos libros de la biblioteca, se encuentra uno de amarillentas hojas, que encierra los recuerdos primeros de sus años mozos; es un diario empezado en el instante mismo de pisar por primera vez la cubierta del buque escuela. Sus páginas son un conjunto de pasajes de ese viaje iniciado los primeros días del mes de marzo de 19... El entonces guardiamarina, comienza así sus escritos:

"En los momentos que pisamos las cubiertas del buque de instrucción, mi pluma traza los primeros rasgos de estas páginas que encerrarán todos aquellos hechos que, al correr de los años, logren impresionarnos con la emoción que sólo sabe hacerlo el recuerdo. Algún día las hojaremos y reviviremos en ellas momentos de juventud, pasajes de aquellos años. Gustaremos releerlas y serán para nosotros como un néctar de horas inolvidables".

Y traza, hora a hora, con pluma firme, violenta a veces, pura y sencilla casi siempre, todos los hechos que logran impresionar su alma de adolescente.

5 de marzo

Tarde ardiente de sol. La vieja corbeta se desplaza lentamente hacia las afueras del puerto. Un grupo de muchachos, desde la toldilla, lanza el último adiós a los cerros porteños que comienzan a encenderse en infinidad de luces blancas; son como millares de faros que quisieran iluminar la ruta de esos nuevos navegantes formados bajo su tutela. En los muelles de Valparaíso, numerosos pañuelos se

agitan despidiendo a quienes se alejan en un largo viaje: la "Baquedano" enfilará su proa hacia el puerto militar, para luego surcar mares lejanos en visita a esas tierras de Salgari y Pierre Loti; se adentrará en mares de tierras exóticas; se asomará a los balcones del Palacio del Extremo Oriente. A través de mil islas recibirá el bautizo de hombres de mar. Las olas embravecidas quemarán sus mejillas de marinos noveles. Dejan su adorado "Pancho" al que están ligados sentimentalmente, en pos de lo que soñaron cuando niños; y lo dejan con pena, sintiendo en lo más profundo la realidad de lo que es para el hombre de mar su Destino. Mañana, en el "puente del medio" de su barco, podrán repetir melancólicamente: Sí. Nuestro Destino es éste: siempre decir adiós; amar un instante y partir...".

25 de marzo

Nuestro barco dejó los molos de atraque y enfiló su proa hacia la Boca Chica de Isla Quiriquina, mientras un centenar de corazones la despedían alegremente. Tres sonoros ¡hurra!, lanzan a su paso las tripulaciones del "Blanco Encalada", "Cochrane" y "Esmeralda"; tres hurra que fueron el último aliento de nuestros camaradas, gritos que retumbaron en el horizonte y vibraron en nuestro ser. Pocas horas más tarde, ya en pleno océano, la "Baquedano" se dormía en una noche de tibiezas infinitas, alejándose lentamente de la patria, con sus inmensas velas desplegadas al viento, que se agitan como enormes pañuelos blancos en un sentimental adiós. Amurados por babor, navegamos muchas millas. Decenas de aves marinas nos acompañan día y noche.

13 de abril

Numerosas canoas tripuladas por aborígenes, salen a recibirnos cariñosamente. Largamos anclas en Hanga-Roa, puerto principal de Isla de Pascua, verdadero peñón en medio del océano, a dos mil millas de nuestra costa, en donde flamea majestuosa la bandera de Chile. Hemos llegado hasta ellos trayendo un saludo de la patria lejana.

El panorama isleño se desenvuelve entre ensenzadas pedregosas, apretujadas de riscos pardo-negrucos y senderos amarillentos. Hanga-Roa es típico en su case-

rio, sencillo en su belleza natural. Hemos subido dificultosamente las faldas del Rana-Kao, admirando la profundidad del soberbio cráter volcánico que cien veces ha vomitado lava candente. Allá lejos, la arrogancia de Te-Pito y Te-Jenua. En la planicie, en un caserío pobre y humilde, rodeados de seres amables y cariñosos, hemos pasado momentos gratos. Más de uno de los nuestros, aprovechando la gracia de María Marinero, aprendió la ondulante danza del upa-upa.

¿Podré decir en estas líneas que hoy es el día de mi cumpleaños? Lo hemos celebrado con un simple abrazo entre compañeros; un abrazo de hermanos en que se ofrenda el deseo de una larga vida.

... ..

15 de abril

Damos el último adiós a las gentes de la isla que nos despiden con un canto sentimental. Seguiremos en busca de los alisos que nos llevarán a las "islas del amor". Se escucha el gemido triste del corneta que toca a "silencio" y en la noche inmensamente clara, de luna llena, nos recostamos sobre la baranda de nuestro puente del medio, escudriñando el horizonte infinito.

... ..

20 de abril

Los primeros días navegados desde que dejamos la isla, transcurren en una calma casi absoluta. Y nada más monótono a bordo de un velero, que los días de calma. Sin embargo, hay que reconocer que gozamos de panoramas maravillosos, especialmente de noche: lunas esplendorosas, infinidad de estrellas, mar intensamente azul, líneas de plata.

Ha sido necesario activar la máquina —la quejumbrosa máquina— del buque escuela, para que éste avance algunas millas hasta que vuelvan a inflarse sus velas al alisio que tanto ansiamos.

... ..

25 de abril

Hemos amanecido de fiesta: muy temprano, Neptuno pidió al comando la entrega del barco; habíamos entrado en su jurisdicción en la línea ecuatorial y sus

leyes disponen que en tal oportunidad deberán ser bautizados todos aquellos noveles navegantes que por primera vez cruzan de uno a otro hemisferio. Y en esta oportunidad más del noventa por ciento de los tripulantes se encuentran en tales condiciones. Jugarretas, baños imprevistos y muchas sorpresas del dios del mar, nos permiten disfrutar de momentos agradables en medio de la monotonía de tantos días de balance sobre el inmenso elemento que nos rodea.

15 de mayo

Después de muchos días de calma enervante, hemos vuelto a dar el aparejo para aprovechar una débil brisa del noroeste. Hace treinta días que dejamos tierra por última vez, treinta días sin más panorama que cielo y mar. En medio de una faja de nubes azul-negruczas, aparece a lo lejos el Mauna-Kea, imponente pico nevado de uno de los volcanes de las islas Hawaii. Faltan todavía sesenta millas para llegar a la costa. La noticia ha recorrido cámaras y entrepuentes como una brisa acariciadora. Los rostros casi taciturnos empiezan a sonreír. Los guardiamarinas alistamos las "cuácaras" y conquistadores escudos, limpiamos botones, esos dorados botones que tanto éxito tienen en tierra firme...

Cae la tarde. La nave se acerca poco a poco a la costa, siempre con sus velas al viento. El faro Kuhuihahes nos da su primer saludo; luego lo harán el Hanhola y el millar de luces que nos van descubriendo el puerto: es Honolulu, que nos abre sus puertas de dorados ensueños.

.....

17 de mayo

Llevamos cuarenta y ocho horas en la capital de Oahu-Honolulu. En la bahía está fondeada la escuadra de instrucción de la Marina japonesa. Al visitar la cubierta de la nave de comando, causamos admiración de oficiales y comandantes al utilizar palabras de su propio idioma que nos ha enseñado Kunio Kawada, y mayor es la admiración, cuando cantamos el himno del Celeste Imperio.

22 de mayo

Ayer hemos celebrado privadamente el día de las glorias de nuestra Armada. A

las ocho de la mañana, toda la tripulación formada en toldilla ha escuchado emocionadamente el toque de corneta que llama a izar nuestro pabellón. Sobre las mejillas de los noveles navegantes o de los viejos lobos de mar, ruedan lágrimas, lágrimas de hombres de corazón bien puesto.

.....

23 de mayo

Dejamos las islas de Hawaii en ruta hacia los mares de oriente. La "Chancha", con todo su velamen al viento, se adentra al océano en busca de la ruta propia de los veleros que viajan entre San Francisco, China y Japón.

.....

14 de junio

Como lo suponía nuestro espléndido piloto, hemos avistado el islote Wake, uno de los más bajos que existen en el océano. Con sus cincuenta pies de altura, es un serio peligro en las noches oscuras.

Calma absoluta. Nos ha sorprendido la calma del trópico, una de las más completas que hemos experimentado hasta el momento. Parecería utópico hablar de una calma más calma que otra calma. Es que parece difícil encontrar un mar tan azul y tan puro como el que nos rodea, tan inmóvil, tan sutil, tan suave y transparente que la quilla del barco va dejando en la superficie un tajo profundo, como la trizadura de un espejo: la perdemos de vista y se resiste a cerrar, cual una herida incurable.

.....

23 de junio

Hace treinta días que dejamos Honolulu. Una débil brisa del noreste apenas si hincha delicadamente las velas. El barómetro baja lentamente, anunciando la proximidad de un temporal. Caen fuertes chubascos. Es necesario arriar juanetes y sobres, faena que cumplen los tripulantes con maestría. Nosotros, responsables del mesana, sabemos cumplir las maniobras como viejos marineros. Al amanecer, el temporal comienza a amainar; la nave avanza sacudiéndose como una juguetona gaviota. Vuelve la vida y la rutina a

bordo. Muchos pensarán que los días de calma son los preferidos nuestros; tal vez lo sean para los espíritus sentimentales, pero para nosotros, sólo las olas inmensas, los vendavales, el azotar de cuerdas y el dolor de las manos sobre las jarcias es nuestro anhelo. Por eso, cuando el barómetro inicia su descenso, en los rostros de la tripulación brota una llama de entusiasmo.

.....

26 de junio

¡Costa a la vista! . . . Son las tierras del Sol Naciente que aparecen por nuestra amura de estribor. Hemos reconocido el faro de Nojima Saki y aproamos al golfo de Tokio. Llegar a Japón nos parece un sueño. Todos a bordo sienten la alegría de los ideales cumplidos. ¿Creemos en el Destino? No sé. Pero muchas veces en aquellas tardes de calma tropical, afirmados en las barandas de "nuestro" puente del medio, nos hemos hecho la misma pregunta. Hemos llegado a este rincón del mundo con que soñábamos cuando niños, cuando, a hurtadillas del oficial de guardia, leíamos hoja tras hoja las maravillosas narraciones de Pierre Loti. Cuántas veces también, al tirar las cartas sobre una mesa leí la suerte de mis compañeros, quienes se burlaban cuando les decía: "Harás un viaje muy largo, en el que te esperan días de inmensa felicidad".

El ruido que produce la cadena del ancla al caer en la rada de Tokio, se confunde con nuestras voces que emocionadamente entonan el himno del gran imperio.

.....

Es absolutamente imposible, en un relato como éste, inspirado en la morada de un viejo marinero, trasladar en pocas cuartillas, todo lo escrito en esos lejanos días por un novel aspirante a "lobo de mar". Su cuaderno de memorias relata día a día lo acontecido en casi treinta jornadas vividas en Japón. Sus visitas profesionales, su impresionante encuentro con el gran almirante Togo, se entremezclan con los recuerdos de mil atenciones sociales, de mil aventuras de que han sido protagonistas los "motes" de brillante cuárcara, o los imberbes grumetes de manos callosas y mejillas quemadas por la sal gruesa que parece brotar en cada golpe de mar.

Un 29 de julio, cuando el barco se adentra suavemente en los mares de China, un tifón se deja caer violentamente. Se navegaba "a todo trapo", pero las maniobras empiezan a ceder y es necesario acortar velas quedando sólo con "mayores" y "gavias" y aún a éstas hay que "tomarles rizo". La mar azota de una a otra banda y la lluvia arrecia por minutos. Guardiamarinas y grumetes cumplen las faenas ordenadas por el comandante, con pericia y sangre fría. Luego, los faros anuncian la costa china y el velero avanza majestuoso rompiendo las amarillentas aguas del Yangtsekiang.

Shangay, Hong Kong, Singapur, Batavia, Wellington, Sidney, Melbourne, desfilan a través de estas interesantes páginas. Los guardiamarinas, son ya viejos hombres de mar con sus siete meses largando o aferrando velas. El pito de los contramaestres los sorprende siempre alertos como al más avezado navegante. En las tardes, ya cumplidas las tareas, buscan refugio en el puente del medio.

El cuaderno de amarillentas páginas, queda trunco un día 20 de diciembre frente a las costas de Valparaíso. El comandante nos explica:

—Aquí no pude seguir escribiendo.

Nuestros ojos varoniles se han nublado ante la visión de la patria. La "Baquedano" pronto entraría al puerto engalanada como una novia, luciendo su inmensa cola, que arrastra sobre las aguas como símbolo de las veintiocho mil millas navegadas. Las blancas velas, combadas y nostálgicas, se alistan para ser arriadas definitivamente. Los cerros porteños que un día nos vieron partir; la blanca casona que nos cobijara por cinco años como una madre; los faros y molos, los diques, las grúas y el pitar de locomotoras llegan hasta nosotros en un singular afecto, celebrando nuestro retorno. Dos horas después, pisaríamos el mismo suelo que nos formara, ofrendando a la patria la entereza de nuestro temperamento, ya hecho para cumplir dignamente con la Institución que nos formó.

En su "Casamata", el comandante da órdenes al mayordomo, el viejo contra-maestre Pedro Molina.

—Don Pedro, ensille el "Trotyl" y la "Balistita", que con el amigo nos vamos a la ciudad.

—Tá'bien, mi comandante. Ya que va p'al pueblo, pase a decir al veterinario que venga mañana, mire que la "Culata" y la "Botavara" andan como empachás...

—¡Acá "Estopín", ven acá "Vainilla"!

Y los perros saltan juguetones al cuello del amo que los acaricia, mientras en la arboleda va cayendo el sol lentamente,

como en las mejores tardes de mar. Pronto la luna y las estrellas inundarán "La Casamata", como a una nave anclada, gallarda y majestuosa.

El mayordomo, mascando tabaco incansablemente como en sus mejores días de mar, llama a los peones con su viejo pito de plata, que, como antaño, parece ordenar: "¡Listo a aferrar velas!".

